

Obras de Antonio Orejudo en Tusquets Editores

ANDANZAS

Fabulosas narraciones por historias

Ventajas de viajar en tren

Reconstrucción

Un momento de descanso

Los Cinco y yo

FÁBULA

Reconstrucción

ANTONIO OREJUDO
LOS CINCO Y YO

1.ª edición: abril de 2017

© Antonio Orejudo, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-404-9
Depósito legal: B. 3.226-2017
Fotocomposición: Moelmo
Impresión: Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Los Cinco y yo

Para explicar el influjo que las aventuras de Los Cinco han ejercido sobre mi generación hay que hacer referencia al precio que alcanzó el trigo en la posguerra española: así empecé mi presentación de *After Five* en la Blyton Foundation, remontándome a la catástrofe que había sufrido el sector agrario en los años cuarenta, recién terminada nuestra Guerra Civil. Entonces el Estado fijaba por ley las superficies de cultivo, compraba muy barata toda la producción de cereal y controlaba el consumo con cartillas de racionamiento. A consecuencia de ello, muchos agricultores ocultaban parte de su cosecha para venderla más cara en el mercado negro. Esta práctica, unida a los efectos de una prolongada sequía y a una deuda bélica que obligaba a exportar nuestros escasos cereales a Alemania en pago por la ayuda de Hitler a Franco en la Guerra Civil, provocó una escasez de productos básicos. Mientras la población pasaba hambre, los grandes propietarios agrícolas fueron acumulando el capital que les permitió financiar el sector industrial a partir de la década siguiente.

Me pareció pertinente comenzar aquella introducción al libro de Reig mencionando la transformación

económica de España en los años cincuenta y el éxodo masivo de las zonas rurales, cuyos habitantes emigraban hacia las ciudades más desarrolladas, sobre todo hacia Madrid, que entonces carecía de las infraestructuras necesarias para dar alojamiento a todos aquellos jóvenes de pueblo que llegaban con la intención de buscarse un sustento o, en el mejor de los casos, de colocarse en un banco o en una compañía de seguros.

Fue en esta insuficiencia de los organismos públicos donde el proselitismo y la caridad del jesuita Tomás Morales encontró la misión de su apostolado: ofrecer vivienda y orientación espiritual a esta legión de futuros empleados de banca, botones y auxiliares administrativos.

Por cierto: la vida de Tomás Morales (1908-1994) merece contarse en una biografía o en un ensayo sociológico que explique la relación entre la Iglesia católica y la socialdemocracia española. Hace años yo mismo inicié el proyecto, que abandoné por diferentes razones tras la fase de documentación. En 1946 Tomás Morales fundó el Hogar del Empleado, y cuando esta residencia masculina de inspiración mariana se quedó pequeña —porque todo empezaba a quedarse pequeño entonces—, la transformó en una constructora benéfica de viviendas sociales, pensadas para esos mismos jóvenes que, tras su paso por el Hogar y ya empleados en el banco o en la compañía de seguros, se casaban y fundaban familias que en muchos casos eran numerosas.

En una gráfica que mostré en aquella presentación se veía claramente cómo las líneas de natalidad y de

mortalidad infantil, que en los años cincuenta habían iniciado un suave distanciamiento, de pronto parecían quebrarse. A partir de 1960 la mortalidad se desplomaba y los nacimientos se disparaban; las líneas se separaban violentamente, y cuando ya estaban alejadas al máximo, iniciaban una trayectoria horizontal, paralela y constante que se prolongaba durante una década. En sólo diez años un alegre y sostenido ritmo de nacimientos fue poblando el inmenso desierto que había quedado entre esos dos vectores, hasta convertir lo que podía haber sido un saludable índice de natalidad en una destructiva plaga de niños, cuyos efectos empezaron a notarse inmediatamente y se prolongaron hasta bien entrado el siglo XXI.

En 1968, que fue nuestro primer año escolar, los colegios españoles eran ya lugares desbordados de chavales, más parecidos a junglas que a jardines de infancia. Matricular a los niños en la escuela, que hasta entonces había sido un mero trámite, se convirtió con los nuevos tiempos en un quebradero de cabeza. Para poder atender la demanda de todas las familias del barrio, el colegio Montserrat tuvo que abrir nuevas aulas en sótanos y locales cercanos porque en el edificio principal no cabía más gente.

El Montserrat formaba parte de una de esas colonias promovidas por la constructora del padre Morales. Estaba en lo que entonces eran las afueras de Madrid, unos terrenos que bajaban en vaguada desde la confluencia de las calles Doctor Esquerdo y Sainz de Baranda hasta el arroyo Abroñigal, cuyo cauce discu-

ría por donde ahora pasa la M-30, una de las vías que circunvalan la ciudad, a su paso por el Parque de Roma. El proyecto era muy ambicioso: además de las viviendas, amplias y de buenos materiales, los planos incluían un salón de actos vecinal, una lonja de concentraciones, un edificio de servicios, una iglesia, un auditorio, varios campos de deporte y un centro de enseñanza. Al final, sólo se levantaron las viviendas, la parroquia y el Montserrat, que pronto empezó a tener problemas de espacio porque no sólo debía dar servicio a la colonia, sino también a los niños que vivíamos al otro lado de Doctor Esquerdo: en Sainz de Baranda, en Ibiza y en sus perpendiculares. La dirección del centro acondicionó los bajos de los bloques adyacentes, y los cerró con unas cristaleras esmeriladas que hoy no superarían ningún control de seguridad infantil.

Los casi doscientos niños que entramos a párvulos en 1968 fuimos divididos en cuatro grupos de cuarenta —dos de chicos y dos de chicas— y diseminados por el barrio. Entrábamos a las nueve de la mañana y salíamos a las cinco y media de la tarde, con una parada de dos horas para comer, cada uno en su casa porque entonces no había comedores escolares. A las once nos soltaban al recreo, y a esa hora, en medio de un griterío ensordecedor, una marabunta de niños se extendía por donde tendrían que haberse levantado el estadio, el salón de actos vecinal y la lonja de concentraciones. A ese inmenso descampado unos lo llamaban el Campo Campana, pero casi todos lo conocíamos por su nombre en plural: los Campos. Allí

salíamos al recreo, allí jugábamos después de clase y allí hacían gimnasia los mayores, los que estaban en el edificio principal. Nosotros, los pequeños, contemplábamos fascinados aquellas sesiones de ejercicio físico, sobrecogidos por las súplicas y los gemidos de esfuerzo. Entre los cuerpos agotados por las flexiones y las sentadillas paseaba impertérrito un joven rubio, vestido con un chándal blanco. Quienes tenían hermanos mayores sabían que se llamaba Jon, un nombre muy raro entonces, y que sus clases de gimnasia eran extremadamente duras.

Al final del recreo un maestro se acercaba a la cuesta, tocaba un silbato y nos sacaba de nuestro ensimismamiento. Al oírlo, la marabunta se replegaba hacia arriba hasta llegar a la explanada donde había que formar por clases antes de desfilas hacia el aula, donde ocupábamos nuestros pupitres y esperábamos a que el maestro pasara lista:

Alemán Boj, Almadraba Garicano, Antúnez Monedero, Aranda Foix, Becerra Grande, Carrera Altozano, Caravajal Solís; Casero Ortega, que se ha muerto; Delgado Val, el Huevo; Estébanez García, Etreros González, Gómez García, Gómez Recio, que se quedó calvo antes de llegar a 6.º, lo llamábamos el Búfalo, y tenía barba desde 3.º.

Hernán Pérez; Jabalardo Gómez, que rompió la cristalera esmerilada de una patada cuando la señorita Pilar nos dejó solos cinco minutos porque tenía que hacer una gestión en la secretaría, que estaba en otro bloque.

Jiménez Roncero; Lantisco Blasco, que se hizo marinero y naufragó, o se perdió en el Pacífico, y cuando lo encontraron era un esqueleto.

Manrique Santonja, el Mangüi.

El Mangüi era un adefesio. Llevaba gafas con un cristal tapado porque tenía un ojo vago y calzaba botas ortopédicas, unas botas horribles hasta el tobillo, muy rígidas, que lo obligaban en las carreras a pisar con toda la planta del pie. Corría de una manera muy cómica. El Mangüi era torpe, peor que yo al fútbol. Cuando los capitanes hacían los equipos, ninguno lo elegía y siempre se quedaba de los últimos, con los malos, que se desgañitaban ofreciéndose para que los escogieran: ¡A mí, a mí!

Feo, vago, poco despierto y desangelado, el Mangüi era un muchacho muy por debajo del pelotón. Hasta que un buen día se transformó. Se transformó como se transformaba Jerry Lewis en el Buddy Amor de aquella película que me hacía reír a carcajadas, *El profesor chiflado*. Un primer día de curso, después del verano, el Mangüi apareció convertido en un hombretón alto y musculoso, que ya no llevaba gafas ni botas ortopédicas. Seguía siendo poco inteligente, un poco atolondrado, eso nunca cambió, pero había sido fichado por los infantiles del Rayo Vallecano. Se había convertido en un jugador extraordinario. ¡Cómo protegía el balón, cómo regateaba! Era una bestia corriendo. La metamorfosis fue tan brutal que tuvimos que cambiarle el mote. Nadie lo volvió a llamar Mangüi nunca más. Desde entonces fue siempre el Manguas.